



Lidia Otón, en un momento de la representación de 'Veraneantes', en el Teatro de La Abadía. / ROS RIBAS

TEATRO

Magia para un texto mítico

'VERANEANTES'

Autor y director: Miguel del Arco sobre el texto de Gorki. / Escenografía: Eduardo Moreno. / Vestuario: Ana López. / Reparto: Bárbara Lennie, Israel Elejalde, Miriam Montilla, Raúl Prieto, Miquel Fernández, Lidia Otón, Manuela Paso, Elisabet Gelabert, Cristóbal Suárez, Chema Muñoz, Ernesto Arias. / Escenariador: La Abadía.
Calificación: ★★★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Pocas veces se sale de un teatro con la sensación de plenitud que provoca este espectáculo de Miguel del Arco. *Veraneantes*, un modelo de heterodoxa fidelidad a un texto mítico de un escritor mítico, Gorki. Del Arco ha cambiado las convulsiones de un parto revolucionario que se avvicina (Rusia 1905) por la crispación de una democracia putrefacta (España 2011). Esa sensación de gozo pleno no se detiene en las posibles prevaricaciones, que las hay, del texto de Del Arco sobre el de Gorki. Compensa comprobar cómo trasladando un ambiente histórico y retocando algunos personajes, el espíritu, incluso la estructura de una obra, no pierde su naturaleza agitadora.

De este *Veraneantes* a mí me sobra la canción del verano en que degenera un músico purísimo y la horterada, aunque universal y española, de *Dale a tu cuerpo alegría*

Macarena. Pero bien mirado, la llamada clase política e intelectual que presenta *Veraneantes* también es de mediopelo en líneas generales.

De esta música ratonera quizá compense el tono melancólico de otras melodías que evocan no sólo la infancia de Bárbara (Bárbara Lennie), sino el mundo en transformación de Gorki. Bárbara es la esposa de Israel, un candidato de un partido político. Es una especie de Reina Ginebra que, bella, distante y atormentada, impera sobre una corte de borrachos, cornudos y oportunistas. Bárbara Lennie, emperatriz de una tribu miserable y reina de la escena. Cuando el absceso enconado de Bárbara y de otros personajes revienta de pus y sangre podrida, lo que podría ser apacible veraneo de un grupo de amigos es un infierno.

Entre los muchos aciertos de *Veraneantes* está la conversión de Sacha, la criada, en Miriam (Miriam Montilla), compañera de estudios de Bárbara, resentida y necesitada de dinero, acogida a la tribu de triunfadores como amiga y chacha. Cuernos, corrupción, escepticismo; y frente a ello la conciencia social de Manuela (Manuela Paso), una tocapelotas, comprometida con todas las causas del mundo, frente a la teoría pequeño burguesa del triunfo y el arte puro de algunos intelectuales; es la María Lvovna de Gorki, la revoluciona-

ria, la agitadora. Para el crescendo de la tensión, Del Arco usa la confrontación directa de personajes, en agrios debates de a dos. Memorable confrontación de Miriam y de Bárbara, de Manuela con todos, de Israel con Bárbara, de Raúl con Manuela, de Miquel consigo mismo y con los demás... El conjunto de estos cruces es devastador.

Miriam Montilla arrasa; Manuela Paso, Lidia Otón –la poeta y la mística– y Elisabet Gelabert –el putón verbenero– tienen que imponer toda su intensidad para que Miriam Montilla no se quede con el santo y la limosna. Algo parecido ocurre con Miquel Fernández –el lúdico, el bufón–, secretario del candidato. A Elejalde, que se confirma como uno de los grandes, está a punto de robarle el foco y a los demás igual: un Raúl Prieto turbador en su austeridad para expresar la violencia soterrada, Cristóbal Suárez músico puro y suicida fallido en ambas cosas, Ernesto Arias el escritor que reniega de la literatura, Chema Muñoz especulador reconvertido en benefactor.

Con estos mimbres, si Del Arco no hace una función memorable, hubiera sido para matarlo.

O. ORBYT.es

>Vea el análisis de Javier Villán sobre la obra 'Veraneantes'.